

que á un lado de la venta estaba , y recogiénolas D. Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba , y embrazando su adarga asió de su lanza , y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila , y cuando comenzó el paseo comenzaba á cerrar la noche. Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta la locura de su huesped, la vela de las armas , y la armazon de caballería que esperaba. Admirándose de tan extraño género de locura fuéronselo á mirar desde lejos , y vieron que con sosegado ademan unas veces se paseaba , otras arrimado á su lanza ponía los ojos en las armas , sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche con tanta claridad de la luna , que podía competir con el que se la prestaba , de manera que cuanto el novel caballero hacia era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta ir á dar agua á su recua , y fue menester quitar las armas de D. Quijote , que estaban sobre la pila , el cual viéndole llegar , en voz alta le dijo : ó tú quien quiera que seas , atrevido caballero , que llegas á tocar las armas del mas valeroso andante que jamas se ciñó espada , mira lo que haces , y no las toques , si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento. No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara , porque fuera curarse en salud) , ántes trabando de las correas las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por D. Quijote , alzó los ojos al cielo , y puesto el pensamiento (á lo que pareció) en su señora Dulcinea , dijo : acorredme , señora mia , en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece : no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo : y diciendo estas y otras semejantes razones , soltando la adarga alzó la lanza á dos manos , y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza , que le derribó en el suelo tan mal trecho , que si segundara con otro , no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto recogió sus armas , y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco , sin saberse lo que habia pasado (porque aun estaba aturdido el arriero) llegó otro con la misma intencion de dar agua á sus mulos , y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila , sin hablar D. Quijote palabra , y sin pedir favor á nadie , soltó otra vez la adarga , y alzó otra vez la lanza , y sin hacerla pedazos hizo mas de tres la cabeza del segundo arriero , porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta , y entre ellos el ventero. Viendo esto D. Quijote , embrazó su adarga , y puesta mano á su espada dijo : ó señora de la fermosura , esfuerza y vigor del debilitado corazón mio , ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este ta

cautivo caballero que tamaña aventura está atendiendo. Con esto cobró á su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo no volviera el pie atras. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos á llover piedras sobre D. Quijote, el cual lo mejor que podia se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les habia dicho como era loco, y que por loco se libraria aunque los matase á todos. Tambien D. Quijote las daba mayores llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follon y mal nacido caballero, pues de tal manera consentia que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recibido la orden de caballería, que él le diera á entender su alevosía; pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid, y ofendedme en cuanto pudiesedes, que vosotros vereis el pago que llevais de vuestra sandez y demasía. Decia esto con tanto brio y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian: y asi por esto como por las persuasiones del ventero le dejaron de tirar, y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huesped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballeria luego, antes que otra desgracia sucediese: y asi llegándose á él se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él habia usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Dijole como ya le habia dicho que en aquel castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria: que todo el toque de quedar armado caballero consistia en la pescozada y en el espaldarazo, segun él tenia noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer; y que ya habia cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia, cuanto mas que él habia estado mas de cuatro. Todo se lo creyó D. Quijote, y dijo que él estaba alli pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, á quien por su respeto dejaria. Advertido y medroso desto el castellano trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traia un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas se vino adonde D. Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual como que decia alguna devota oracion, en mitad de la leyenda alzó la mano,

y dióle sobre el cuello un gran golpe, y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes como que rezaba. Hecho esto mandó á una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discrecion, porque no fue menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habian visto del novel caballero les tenia la risa á raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora: Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides. D. Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quién quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad, que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendon natural de Toledo; que vivia á las tendillas de Sancho-bienaya, y que donde quiera que ella estuviese le serviria y le tendria por señor. Don Quijote le replicó, que por su amor le hiciese merced que de allí adelante se pusiese Don, y se llamase Doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera: á la cual tambien rogó D. Quijote que se pusiese Don, y se llámase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas pues de galope y aprieta las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora D. Quijote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras; y ensillando luego á Rocinante subió en él, y abrazando á su huesped le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas aunque con mas breves palabras respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada le dejó ir á la buena hora.

CAPITULO IV.

De lo que le sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.

La del alba seria cuando D. Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huesped cerca de las prevenciones tan

necesarias que habia de llevar consigo, especial la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa y acomodarse de todo y de un escudero, haciendo cuenta de recibir á un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy á propósito para el oficio escuderil de la caballeria. Con este pensamiento guió á Rocinante hácia su aldea, el cual, casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar, que parecia que no ponía los pies en el suelo. No habia andado mucho cuando le pareció que á su diestra mano de la espesura de un bosque que allí estaba salían unas voces delicadas como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oido, cuando dijo: gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos: estas voces sin duda son de algun menesteroso ó menesterosa que ha menester mi favor y ayuda: y volviendo las riendas encaminó á Rocinante hácia donde le pareció que las voces salían. Y á pocos pasos que entró per el bosque vió atada una yegua á una encina, y atado en otra un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprension y consejo, porque decia: la lengua queda y los ojos listos. Y el muchacho respondia: no lo haré otra vez, señor mio: por la pasion de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aqui adelante mas cuidado con el hato. Y viendo D. Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: descortes caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede: subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza (que tambien tenia una lanza arrimada á la encina adonde estaba arrendada la yegua) que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estais haciendo. El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió; señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un mi criado que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado que cada dia me falta una, y porque castigo su descuido ó bellaqueria, dice que lo hago de miserable por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente. ¿Miente delante de mí, ruin villano? dijo D. Quijote. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza: pagalde luego sin mas réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto: desatadlo luego. El labrador bajó la cabeza;

y sin responder palabra desató á su criado, al cual preguntó D. Quijote que cuánto le debía su amo. Él dijo que nueve meses á siete reales cada mes. Hizo la cuenta D. Quijote, y halló que montaban sesenta y tres reales, y dijole al labrador que al momento los desembolsase si no queria morir por ello. Respondió el medroso villano que por el paso en que estaba y juramento que habia hecho, (y aun no habia jurado nada) que no eran tantos; porque se le habian de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le habia dado, y un real de dos sangrias que le habian hecho estando enfermo. Bien está todo eso, replico D. Quijote, pero quédense los zapatos y las sangrias por los azotes que sin culpa le habeis dado, que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habeis rotpido el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habeis sacado: asi que por esta parte no os debe nada. El daño está, señor caballero, en que no tengo aqui dineros: véngase Andres conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro. ¿Irme yo con él, dijo el muchacho? mas? ; mal año! no señor, ni por pienso, porque en viéndose solo me desollará como á un S. Bartolomé. No hará tal, replicó D. Quijote, basta que yo se lo mande para que me tenga respeto, y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recibido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga. Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dijo el muchacho, que este mi amo no es caballero, ni ha recibido orden de caballería alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar. Importa poco eso, respondió D. Quijote, que Haldudos puede haber caballeros; cuanto mas que cada uno es hijo de sus obras. Asi es verdad, dijo Andres, pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo? No niego, hermano Andres, respondió el labrador, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo de pagaros como tengo dicho, un real sobre otro y aun sahumados. Del sahumero os hago gracia, dijo D. Quijote, dádselos en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumplais como lo habeis jurado: si no, por el mismo juramento os juro de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar aunque os escondais mas que una lagartija. Y si quereis saber quién os manda esto, para quedar con mas veras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso D. Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado sopena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y

cuando vió que habia traspuesto del bosque y que ya no parecia, volvióse á su criado Andres, y dijole: venid acá, hijo mio, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado. Eso juro yo, dijo Andres, y como que andaré vuestra merced acertado cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que segun es de valeroso y de buen juez, vive Roque que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que dijo. Tambien lo juro yo, dijo el labrador; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda por acrecentar la paga. Y asiéndole del brazo le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes que le dejó por muerto. Llamad, señor Andres, ahora, decia le labrador, al deshacedor de agravios, vereis como no desfaze aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temiades: pero al fin le desató, y le dió licencia que fuese á buscar á su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia. Andres se partió algo mohino jurando de ir á buscar al valeroso D. Quijote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que habia pasado, y que se lo habia de pagar con las setenas; pero con todo esto él se partió llorando, y su amo se quedó riendo: y desta manera deshizo el agravio el valeroso D. Quijote, el cual contentisimo de lo sucedido, pareciéndole que habia dado felicísimo y alto principio á sus caballerías, con gran satisfaccion de sí mismo iba caminando hácia su aldea diciendo á media voz: bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven sobre la tierra, ó sobre las bellas, bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad é talante á un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será D. Quijote de la Mancha, el cual, como todo el mundo sabe, ayer recibió la órden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazon y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano á aquel desapiadado enemigo que tan sin ocasion vapulaba á aquel delicado infante. En esto llegó á un camino que en cuatro se dividia, y luego se le vino á la imaginacion las encrucijadas donde los caballeros adantes se ponian á pensar cuál camino de aquellos tomarian: y por imitarlos estuvo un rato quedo; y al cabo de haberlo muy bien pensado soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocin la suya, el cual siguió su primer intento, que fue el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas descubrió D. Quijote un grande tropel de gente, que como despues se supo eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran seis, y venian con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo, y tres mozos de mulas á

pie. Apenas los divisó D. Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imitar en todo cuanto á él le parecia posible los pasos que habia leído en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer; y así con gentil continente y denuedo se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la ardaga al pecho, y puesto en la mitad del camino estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenia y juzgaba), y cuando llegaron á trecho que se pudieron ver y oír, levantó D. Quijote la voz, y con ademan arrogante dijo: todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella mas hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Paráronse los mercaderes al son de estas razones y á ver la extraña figura del que las decia; y por la figura y por ellas luego echaron de ver la locura de su dueño; mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesion que se les pedia; y uno de ellos, que era un poco burlon y muy mucho discreto, le dijo: señor caballero, nosotros no conocemos quien es esa buena señora que decis, mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significais, de buena gana y sin apremio alguno confesáremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicó D. Quijote, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habeis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender: donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia: que ahora vengais uno á uno como pide la orden de caballería, ora todos juntos como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aqui os aguardo y espero confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced en nombre de todos estos príncipes que aqui estamos que, porque no encarguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamas vista ni oida, y mas siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Extremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algun retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado; y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que del otro le mana bermellon y piedra azufre, con todo eso por complacer á vuestra merced diremos en su favor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió Don Quijote encendido en cólera, no le mana, digo, eso que decis, sino ámbar y algalia entre algodones, y no es tuerta ni corcovada,

sino mas derecha que un huso de Guadarrama ; pero vosotros pagareis la grande blasfemia que habeis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora. Y en diciendo esto arremetiô con la lanza baja contra el que lo habia dicho con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fue rodando su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar jamas pudo : tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada con el peso de las antiguas armas. Y entretanto que pugnaba por levantarse, y no podia, estaba diciendo : non fuyais, gente cobarde, gente cautiva ; atended, que no por culpa mia, sino de mi caballo estoy aquí tendido. Un mozo de mulas de los que allí venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose á él tomó la lanza, y despues de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro D. Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas le molió como cibera. Dábanle voces sus amos que no le diese tanto y que le dejase ; pero estaba ya el mozo picado y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera, y acudiendo por los demas trozos de la lanza los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él via no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra y á los malandrines, que tal le parecian. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado, el cual despues que se vió solo tornó á probar si podia levantarse ; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿ cómo lo haria molido y casi deshecho ? Y aun se tenia por dichoso, pareciéndole que aquella era propria desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuia á la falta de su caballo ; y no era posible levantarse segun tenia brumado todo el cuerpo.

CAPITULO V.

Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro caballero.

Viendo pues que en efecto no podia menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun paso de sus libros, y trújole su locura á la memoria aquel de Valdovinos y del marques de Mantua, cuando Carloto le dejó herido en la montaña ; historia sabida de los niños, no ignorada de los mozos, celebrada y

aun creida de los viejos, y con todo esto no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le pareció á él que le venia de molde para el paso en que se hallaba; y asi con muestras de grande sentimiento se comenzó á volcar por la tierra y á decir con debilitado aliento lo mismo que dicen decia el herido caballero del bosque :

¿ Donde estás , señora mia ,
Que no te duele mi mal ?
O no lo sabes , señora ,
O eres falsa y desleal .

Y desta manera fue prosiguiendo el romance hasta aquellos versos que dicen :

O noble marques de Mantua ,
Mi tío y señor carnal .

Y quiso la suerte que cuando llegó á este verso acertó á pasar por allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino; el cual viendo aquel hombre allí tendido se llegó á él, y le preguntó que quién era, y qué mal sentia que tan tristemente se quejaba. Don Quijote creyó sin duda que aquel era el marques de Mantua su tío, y asi no le respondió otra cosa sino fue proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del Emperante con su esposa, todo de la misma manera que el romance lo canta. El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates; y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el rostro, que lo tenia lleno de polvo: y apenas le hubo limpiado, cuando le conoció, y le dijo: señor Quijada (que asi se debia de llamar cuando él tenia juicio y no habia pasado de hidalgo sosegado á caballero andante) ¿ quién ha puesto á vuestra merced desta suerte? pero él seguia con su romance á cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar para ver si tenia alguna herida; pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento por parecerle caballería mas sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda y del cabestro al asno, y se encaminó hácia su pueblo bien pensativo de oír los disparates que D. Quijote decia; y no menos iba D. Quijote, que de puro molido y quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponía en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase, le dijese qué mal sentia: y no parece sino que el diablo le traia á la memoria los cuentos acomodados á sus

sucesos, porque en aquel punto olvidándose de Valdovinos se acordó del moro Abindarraez, cuando el alcaide de Antequera Rodrigo de Narvaez le prendió y llevo preso á su alcaidia. De suerte que cuando el labrador le volvió à preguntar que cómo estaba y que sentia, le respondió las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondia á Rodrigo de Narvaez, del mismo modo que él habia leído la historia en la Diana de Jorge de Montemayor donde se escribe; aprovechándose della tan de propósito que el labrador se iba dando al diablo de oír tanta máquina de necedades: por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábase priesa á llegar al pueblo por escusar el enfado que D. Quijote le causaba con su larga arenga. Al cabo de lo cual dijo: sepa vuestra merced, señor D. Rodrigo de Narvaez, que esta hermosa Jarifa que he dicho es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los mas famosos hechos de caballerías que se han visto, vean ni verán en el mundo. A esto respondió el labrador: mire vuestra merced, señor, ¡pecador de mí! que yo no soy D. Rodrigo de Narvaez ni el marques de Mantua, sino Pedro Alonso su vecino, ni vuestra merced es Valdovinos ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quijada. Yo sé quien soy, respondió D. Quijote, y sé que puedo ser no solo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia y aun todos los nueve de la fama, pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron se aventajarán las mias. En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar á la hora que anochecia; pero el labrador aguardó á que fuese algo mas noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero. Llegada pues la hora que le pareció entró en el pueblo y en casa de D. Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de D. Quijote, que estaba diciéndoles su ama á voces: ¿qué le parece á vuestra merced, señor licenciado Pero Perez (que asi se llamaba el cura) de la desgracia de mi señor? Seis dias há que no parecen él ni el rocin, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! que me doy á entender, y asi es ello la verdad como nació para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario le han vuelto el juicio: que ahora me acuerdo haberle oido decir muchas veces hablando entre si que queria hacerse caballero andante é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanas y á Barrabas tales libros, que asi han echado á perder el mas delicado entendimiento que habia en toda la Mancha. La sobrina decia lo mismo, y aun decia mas: sepa, señor maese Nicolas (que este era

el nombre del barbero), que muchas veces le aconteció á mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos y ponía mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado decia que habia muerto á cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decia que era sangre de las heridas que habia recibido en la batalla, y bebiase luego un gran jarro de agua fria y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosisima bebida que le habia traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío para que lo remediaran antes de llegar á lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros (que tiene muchos), que bien merecen ser abrasados como si fuesen de hereges. Esto digo yo tambien, dijo el cura, y á fe que no sepase el día de mañana sin que dellos no se haga acto público, y sean condenados al fuego, porque no dén ocasion á quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. Todo esto estaban oyendo el labrador y D. Quijote, con que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y asi commenzó á decir á voces : abran vuestras mercedes al señor Valdovinos y al señor marques de Mantua que viene mal ferido, y al señor moro Abindarraez que trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narvaez, alcaide de Antequera. A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo y tío, que aun no se habia apeado del jumento porque no podia, corrieron á abrazarle. Él dijo : ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo : llévenme á mi lecho, y llámese si fuere posible á la sabia Urganda que cure y cate de mis heridas. Mira en hora mala, dijo á este punto el ama, si me decia á mí bien mi corazon del pie que cojeaba mi señor. Suba vuestra merced en buen hora, que sin que venga esa Urganda le sabremos aquí curar. Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerías que tal han parado á vuestra merced. Lleváronle luego á la cama, y catándole las heridas no le hallaron ninguna, y él dijo que todo era molimiento por haber dado una gran caída con Rocinante su caballo combatiéndose con diez jayanes, los mas desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dijo el cura : ¿ jayanes hay en la danza? Para mi santiguada que yo los quemé mañana antes que llegue la noche. Hiciéronle á D. Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que mas le im-

portaba. Hizose asi, y el cura se informó muy á la larga del labrador del modo que habia hallado á D. Quijote. Él se lo contó todo con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fue poner mas deseo en el licenciado de hacer lo que otro dia hizo, que fue llamar á su amigo el barbero maese Nicolas, con el cual se vino á casa de D. Quijote.

CAPITULO VI.

Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo.

El cual aun todavía dormia. Pidió las llaves á la sobrina del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy buena gana: entraron dentro todos y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados y otros pequeños; y asi como el ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: tome vuestra merced, señor licenciado, rocíe este aposento, no esté aqui algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de la que les queremos dar echándolos del mundo. Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno para ver de qué trataban, pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego. No, dijo la sobrina, no hay para que perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rintero dellos y pegarlos fuego, y si no, llevarlos al corral, y alli se hará la hoguera y no ofenderá el humo. Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolas le dió en las manos fue los cuatro de *Amadis de Gaula*, y dijo el cura: parece cosa de misterio esta, porque, segun he oido decir, este libro fue el primero de caballerías que se imprimió en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste, y así me parece que como á dogmatizador de una seta tan mala le debemos sin excusa alguna condenar al fuego. No señor, dijo el barbero, que tambien he oido decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y así como á único en su arte se debe perdonar. Así es verdad, dijo el cura, y por esa razon se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto á él. Es, dijo el barbero, *Las sergas de Esplandian*, hijo legítimo de Amadis.

de Gaula. Pues en verdad, dijo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora ama, abrid esa ventana y echalde al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer. Hizolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fue volando al corral esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba. Adelante, dijo el cura. Este que viene, dijo el barbero, es *Amadis de Grecia*, y aun todos los deste lado, á lo que creo, son del mismo linage de Amadis. Pues vayan todos al corral, dijo el cura, que á trueco de quemar á la reina Pintiquiniestra y al pastor Darinel, y á sus églogas y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante. De ese parecer soy yo, dijo el barbero; y aun yo, añadió la sobrina. Pues así es, dijo el ama, vengan y al corral con ellos. Diéronselos, que eran muchos, y ella ahorró la escalera y dió con ellos por la ventana abajo. ¿Quién es ese tonel? dijo el cura. Este es, respondió el barbero, *D. Olivante de Laura*. El autor dese libro, dijo el cura, fue el mismo que compuso á *Jardin de Flores*, y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es mas verdadero ó, por decir mejor, menos mentiroso: solo sé decir que este irá al corral por disparatado y arrogante. Este que se sigue es *Florismarte de Hircania*, dijo el barbero. ¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el cura; pues á fe que ha de parar presto en el corral á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo: al corral con él y con esotro, señora ama. Que me place, señor mio, respondia ella, y con mucha alegría ejecutaba lo que le era mandado. Este es *El Caballero Platir*, dijo el barbero. Antiguo libro es ese, dijo el cura, y no hallo en él cosa que merezca venia; acompañe á los demas sin réplica, y así fue hecho. Abrióse otro libro, y vieron que tenia por título *El Caballero de la Cruz*. Por nombre tan santo como este libro tiene se podia perdonar su ignorancia; mas tambien se suele decir: traz la cruz está el diablo; vaya al fuego. Tomando el barbero otro libro dijo: este es *Espejo de caballerias*. Ya conozco á su merced, dijo el cura: ahí anda el señor Reinaldos de Montalvan con sus amigos y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doce Pares con el verdadero historiador Turpin, y en verdad que estoy por condenarlos no mas que á destierro perpetuo siquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto, al cual si aqui le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma le pondré sobre mi cabeza. Pues yo le tengo en italiano,

dijo el barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entendiéades, respondió el cura, y aqui le perdonáramos al señor capitan que no le hubiera traído á España y hecho castellano; que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren jamas llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efecto que este libro y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia se echen y depositen en un pozo seco hasta que con mas acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, ecetuando á un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles*, que estos en llegando á mis manos han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego sin remision alguna. Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por entender que era el cura tan buen cristiano, y tan amigo de la verdad que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vió que era *Palmerin de Oliva*, y junto á él estaba otro que se llamaba *Palmerin de Inglaterra*, lo cual visto por el licenciado dijo: esa Oliva se haga luego rajas y se queme, que aun no queden della las cenizas; y esa palma de Inglaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas; la una porque él por sí es muy bueno, y la otra porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio, las razones cortesananas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, salvo vuestro buen parecer, señor Maese Nicolas, que este y Amadis de Gaula queden libres del fuego, y todos los demas, sin hacer mas cala y cata, perezcan. No, señor compadre, replicó el barbero, que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianis*. Pues ese, replicó el cura, con la segunda, tercera y cuarta parte tienen necesida de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren asi se usará con ellos de misericordia ó de justicia, y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, mas no los dejeis leer á ninguno. Que me place, respondió el barbero, y sin querer cansarse mas en leer libros de caballerías, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo á tonta ni á sorda, sino á

quien tenia mas gana de quemallos que de echar una tela por grande y delgada que fuera, y asiendo casi ocho de una vez los arrojó por la ventana. Por tomar muchos juntos se le cayó uno á los pies del barbero, que le tomó gana de ver de quien era, y vió que decia: *Historia del famoso caballero Tirante el Blanco*. Válame Dios, dijo el cura dando una gran voz, ¡que aqui esté Tirante el Blanco! Dádmele acá, compadre, que hago cuenta que he hallado en él un tesoro de contento y una mina de pasatiempos. Aqui esta D. Kirielleison de Montalvan, valeroso caballero, y su hermano Tomas de Montalvan y el caballero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el Alano, y las agudezas de la doncella Placerdemivida, con los amores y embustes de la viuda Reposada, y la señora emperatriz enamorada de Hipólito su escudero. Digoos verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aqui comen los caballeros y duermen y mueren en sus camas y hacen testamento antes de su muerte, con otras cosas de que todos los demas libros deste género carecen. Con todo eso yo digo que merecia el que lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran á galeras por todos los dias de su vida. Llevalde á casa y lealde, y vereis que es verdad cuanto dél os he dicho. Asi será, respondió el barbero; pero ¿que haremos destes pequeños libros que quedan? Estos, dijo el cura, no deben de ser de caballeria sino de poesia: y abriendo uno vió que era *La Diana de Jorge de Montemayor*, y dijo (creyendo que todos los demas eran del mismo genero): estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hacen ni harán el daño que los de caballerias han hecho, que son libros de entretenimiento sin perjuicio de tercero. ¡Ay señor! dijo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como á los demas; porque no seria mucho que habiendo sanado mi señor tio de la enfermedad caballescaca, leyendo estos se le antojase de hacerse pastor y andarse por los bosques y prados cantando y tañendo, y lo que seria peor hacerse poeta, que segun dicen es enfermedad incurable y pegadiza. Verdad dice esta doncella, dijo el cura, y será bien quitarle á nuestro amigo este tropezio y ocasion delante. Y pues comenzamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y quédesele en hora buena la prosa y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dijo el barbero, es *La Diana*, llamada *Secunda del Salmantino*; y este otro que tiene el mismo nombre, cuyo autor es *Gil Polo*. Pues la del Salmantino, respondió el cura, acompañe y acreciente el nú-

mero de los condenados al corral, y la de Gil Polo se guarde como si fuera del mismo Apolo : y pase adelante, señor compadre, y démonos prisa que se va haciendo tarde. Este libro es, dijo el barbero, abriendo otro, *Los diez libros de fortuna de Amor*, compuestos por *Antonio de Lofraso*, poeta sardo. Por las órdenes que recibí, dijo el cura, que desde que Apolo fue Apolo y las musas musas, y los poetas poetas, tan gracioso ni tan disparatado libro como ese no se ha compuesto, y que por su camino es el mejor y el mas único de cuantos deste género han salido á la luz del mundo, y el que no le ha leído puede hacer cuenta que no ha leído jamas cosa de gusto. Dádmelo acá, compadre, que precio mas haberle hallado que si me dieran una sotana de raja de Florencia. Púsole aparte con grandísimo gusto, y el barbero prosiguió diciendo : estos que se siguen son *El pastor de Iberia*, *Ninfas de Henares*, y *Desengaño de zelos*. Pues no hay mas que hacer, dijo el cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama, y no se me pregunte el por qué, que seria nunca acabar. Este que viene es *El pastor de Filida*. No es ese pastor, dijo el cura, sino muy discreto cortesano, guárdese como joya preciosa. Este grande que aqui viene se intitula, dijo el barbero, *Tesoro de varias poesias*. Como ellas no fueran tantas, dijo el cura, fueran mas estimadas : menester es que este libro se escarde y limpie de algunas bajezas que entre sus grandezas tiene : guárdese, porque su autor es amigo mio, y por respeto de otras mas heroicas y levantadas obras que ha escrito. Este es, siguió el barbero, *El cancionero de Lopez Maldonado*. Tambien el autor dese libro replicó el cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran á quien los oye, y tal es la suavidad de la voz con que los canta, que encanta : algo largo es en las églogas ; pero nunca lo bueno fue mucho ; guárdese con los escogidos. ¿ Pero qué libro es ese que está junto á él ? *La Galatea de Miguel de Cervantes*, dijo el barbero. Muchos años ha que es grande amigo mio ese Cervantes, y sé que es mas versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invencion, propone algo, y no concluye nada : es menester esperar la segunda parte que promete, quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entretanta que esto se ve tenelido recluso en vuestra posada, señor compadre. Que me place, respondió el barbero, y aqui vienen tres todos juntos : *La Araucana de D. Alonso de Ercilla*, *La Austriada de Juan Rufo*, jurado de Córdoba, y *El Monserrat de Cristóbal de Virues*, poeta valenciano. Todos estos tres libros, dijo el cura, son los mejores que en verso heroico en lengua castellana estan escritos, y pueden competir con los mas famosas de Italia ; guar-

dense como las mas ricas prendas de poesía que tiene España. Cansóse el cura de ver mas libros, y asi á carga cerrada quiso que todos los demas se quemasen ; pero ya tenia abierto uno el barbero, que se llamaba *Las lagrimas de Angélica*. Lloráralas yo, dijo el cura en oyendo el nombre, si tal libro hubiera mandado quemar, porque su autor fue uno de los famosos poetas del mundo, no solo de España, y fue felicísimo en la traduccion de algunas fábulas de Ovidio.

CAPITULO VII.

De la secunda salida de nuestro buen caballero D. Quijote de la Mancha.

Estando en esto comenzó á dar voces D. Quijote diciendo : aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir á este ruido y estruendo no se pasó adelante con el escrutinio de los demas libros que quedaban, y asi se cree que fueron al fuego sin ser vistos ni oidos *La Carolea* y *Leon de España*, con los hechos del emperador, compuestos por D. Luis de Avila, que sin duda debian de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera no pasaran por tan rigurosa sentencia. Cuando llegaron á D. Quijote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él y por fuerza le volvieron al lecho, y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el cura le dijo : por cierto, señor arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares dejar tan sin mas ni mas llevar la vitoria deste torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes. Calle vuestra merced, señor compadre, dijo el cura, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde se gane mañana ; y atienda vuestra merced á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasidamente cansado, si ya no es que está mal ferido. Ferido no, dijo D. Quijote ; pero molido y quebrantado no hay duda en ello, porque aquel bastardo de D. Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentias ; mas no me llamaria yo Reinaldos de Montalvan si en levantándome deste lecho no me lo pagare á pesar de todos sus encantamentos : y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caso, y

quédese lo del vengarme á mi cargo. Hiciéronlo asi; diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros habia en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecian guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutinador, y asi se cumplió el refran en ellos, de que pagan á las veces justos por pecadores. Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo fue que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase (quizá quitando la causa cesaria el efecto), y que dijese que un encantador se los habia llevado y el aposento y todo, y asi fue hecho con mucha presteza. De allí á dos dias se levantó D. Quijote, y lo primero que hizo fue ir á ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le habia dejado andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solia tener la puerta y tentábala con las manos, y volvía y revolvía los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó á su ama que hácia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dijo: ¿qué aposento ó qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo. No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador que vino sobre una nube una noche despues del dia que vuestra merced de aqui se partió, y apeándose de una sierpe en que venia caballero entró en el aposento y no sé lo que hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos á mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno, solo se nos acuerda muy bien á mí y al ama que al tiempo del partirse aquel mal viejo dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros y aposento dejaba hecho el daño en aquella casa que despues se veria: dijo tambien que se llamaba el sabio Muñaton. Freston diria, dijo D. Quijote. No sé, respondió el ama, si se llamaba Freston ó Friton, solo sé que acabó en ton su nombre. Así es, dijo D. Quijote, que ese es un sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede: y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado. ¿Quién duda de eso? dijo la sobrina; ¿pero quién le mete á vuestra merced, señor tio, en esas pendencias? ¿no será mejor estarse pa-

cífico en su casa , y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo , sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados? ¡ O sobrina mia ! respondió D. Quijote , y cuan mal que estás en la cuenta : primero que á mi me tresquilen tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas , porque vieron que se le encendia la cólera. Es pues el caso que él estuvo quince dias en casa muy sosegado sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos , en los cuales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero sobre que él decia que la cosa de que mas necesidad tenia el mundo era de caballeros andantes , y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El cura algunas veces le contradecia , y otras concedia , porque si no guardaba este artificio no habia poder averiguarse con él. En este tiempo solicitó D. Quijote á un labrador vecino suyo , hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre) , pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion , tanto le dijo , tanto le persuadió y prometió que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas D. Quijote que se dispusiese á ir con él de buena gana , porque tal vez le podia suceder aventura que ganase en quitame allá esas pajas alguna ínsula , y le dejase á él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales Sancho Panza (que asi se llamaba el labrador) dejó su muger y hijos y asentó por escudero de su vecino. Dió luego D. Quijote orden en buscar dineros ; y vendiendo una cosa y empeñando otra y malbaratándolas todas llegó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una rodela que pidió prestada á un su amigo , y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo , avisó á su escudero Sancho del dia y la hora que pensaba ponerse en camino , para que él se acomodase de lo que viese que mas le era menester : sobre todo le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí llevaria , y que ansimismo pensaba llevar un asno que tenia muy bueno , porque él no estaba duecho á andar mucho á pie. En lo del asno reparó un poco D. Quijote , imaginando si se le acordaba si algun caballero andante habia traído escudero caballero asnalmente ; pero nunca le vino alguno á la memoria : mas con todo esto determinó que le llevase con presupuesto de acomodarle de mas honrada caballería en habiendo ocasion para ello , quitándole el caballo al primer descortes caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demas cosas que él pudo conforme al consejo que el ventero le habia dado. Todo lo cual hecho y cumplido , sin despedirse Panza de sus hijos y muger ni D. Quijote de su ama y sobrina , una noche se salieron

del lugar sin que persona los viese, en la cual caminaron tanto que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la insula que su amo le habia prometido. Acertó D. Quijote á tomar la misma derrota y camino que el que él habia tomado en su primer viage que fue por el Campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles á soslayo los rayos del sol no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza á su amo: mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la insula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea. A lo cual le respondió D. Quijote: has de saber, amigo Sancho Panza, que fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos hacer gobernadores á sus escuderos de las insulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinando de que por mí no falte tan agradecida usanza, antes pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y quizá las mas, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos, y ya despues de hartos de servir y de llevar malos dias y peores noches les daban algun título de conde, ó por lo menos de marques de algun valle ó provincia de poco mas á menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podria ser que antes de seis dias ganase yo tal reino, que tuviese otros á él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos. Y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen á los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podria dar aun mas de lo que te prometo. Desá manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey por algun milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutierrez mi oislo vendria á ser reina y mis hijos infantes. ¿Pues quién lo duda? respondió D. Quijote. Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari Gutierrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedis para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda. Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió D. Quijote, que él le dará lo que mas le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas á contentar con menos que con ser adelantado. No haré, señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

CAPITULO VIII.

Del buen suceso que el valeroso D. Quijote tuvo en la espantable y jamas imaginada aventura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo ; y asi como D. Quijote los vió dijo á su escudero : la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear ; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos á enriquecer : que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Qué gigantes ? dijo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió D. Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras : ellos son gigantes, y si tienes miedo quítate de ahí y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto dió de espuelas á su caballo Rocinante sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiendole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver aunque estaba ya bien cerca lo que eran, antes iba diciendo en voces altas : non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por Don Quijote dijo : pues aunque movais mas brazos que los del gigante Briareo me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela con la lanza en el ristre, arremetió á todo el galope de Rocinante, embistió con el primero molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fue rodando muy mal trecho por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó halló que no se podia menear :

tal fue el golpe que dió con él Rocinante. ¡ Váleme Dios! dijo Sancho: ¿ no le dije yo á vuestra merced que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió D. Quijote, que las cosas de la guerra mas que otras estan sujetas á continua mudanza: quanto mas que yo pienso, y es asi verdad, que aquel sobio Freston, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante que medio despaldao estaba; y hablando en la pasada aventura siguieron el camino del puerto Lápice, porque alli decia D. Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras por ser lugar muy pasagero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero le dijo: yo me acuerdo haber leído que un caballero español llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo ó tronco, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacó tantos moros que le quedó por sobre nombre Machuca, y asi él como sus descendientes sellamaron desde aquel dia en adelante Vargas y Machuca. Hete dicho esto porque de la primera encina ó roble que se me depare pienso desgajar otro tronco tal y tan bueno como aquel, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas, y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creidas. A la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo asi como vuestra merced lo dice; pero enderézese un poco, que parece que va de medio lado, y debe de ser del molimiento de la caída. Asi es la verdad, respondió D. Quijote; y si no me quejo del dolor es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna aunque se le salgan las tripas por ella. Si eso es asi no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgara que vuestra merced se quejara cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse. No se dejó de reir D. Quijote de la simplicidad de su escudero, y asi le declaró que podia muy bien quejarse como y cuando quisiese sin gana ó con ella, que hasta entonces no habia leído cosa en contrario en la órden de caballería. Dijo Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su

amo que por entonces no le hacia menester , que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento , y sacando de las alforjas lo que en alles habia puesto iba caminando y comiendo detras de su amo muy de espacio , y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto que le pudiera envidiar el mas regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hubiese hecho , ni tenia por ningun trabajo sino por mucho descanso andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolucion aquella noche la pasaron entre unos árboles , y del uno dellos desgajó D. Quijote un ramo seco que casi le podia servir de lanza , y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. Toda aquella noche no durmió Don Quijote pensando en su señora Dulcinea , por acomodarse á lo que habia leído en sus libros cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó asi Sancho Panza , que como tenia el estómago lleno , y no de agua de chicoria , de un sueño se la llevó toda , y no fueran parte para despertale , si su amo no le llamara , los rayos del sol que le daban en el rostro , ni el canto de las aves que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo dia saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota , y hallóla algo mas flaca que la noche antes , y affigiósele el corazon por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse D. Quijote , porque , como está dicho , dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del puerto Lápice , y á obra de las tres del dia le descubrieron. Aquí , dijo en viéndole D. Quijote , podemos , hermano Sancho Panza , meter las manos hasta los codos en esto que llaman aventuras ; mas advierte que aunque me veas en los mayores peligros del mundo no has de poner mano á tu espada para defenderme , si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja , que en tal caso bien puedes ayudarme ; pero si fueren caballeros , en ninguna manera te es licito ni concedido por las leyes de caballería que me ayudes hasta que seas armado caballero. Por cierto , señor , respondió Sancho , que vuestra merced sea muy bien obedecido en esto , y mas que yo de mio me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias : bien es verdad que en lo que tocare á defender mi persona no tendré mucha cuenta con esas leyes , pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle. No digo yo menos , respondió D. Quijote ; pero en esto de ayudarme contra caballeros has de te-

ner á raya tus naturales ímpetus. Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese preceto tan bien como el día del domingo. Estando en estas razones asomaron por el camino dos frailes de la orden de S. Benito caballeros sobre dos dromedarios, que no eran mas pequeñas dos mulas en que venian. Traian sus antojos de camino y sus quitasoles. Detras dellos venia un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pie. Venia en el coche, como despues se supo, una señora vizcaina que iba á Sevilla donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. Non venian los frailes con ella aunque iban el mismo camino: mas apenas los divisó D. Quijote cuando dijo á su escudero; ó yo me engaño, ó esta ha de ser la mas famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser y son sin duda algunos encantadores, que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío. Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho: mire, señor, que aquellos son frailes de S. Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasagera: mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe. Y a te he dicho, Sancho, respondió D. Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás. Y diciendo esto se adelantó, y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venian, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podian oír lo que dijese, en alta voz dijo: gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche llevais forzadas; si no aparejaos á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Detuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados así de la figura de D. Quijote como de sus razones, á las cuales respondieron: señor caballero, nosotros no somos endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de S. Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dijo D. Quijote: y sin esperar mas respuesta picó á Rocinante, y la lanza baja arremetió contra el primero fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aun mal ferido si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña mas ligero que el mismo viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron

en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que por qué le desnubada. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legítimamente como despojos de la batalla que su señor D. Quijote habia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos ni batallas, viendo que ya D. Quijote estaba desviado de alli hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas le molieron á coces, y le dejaron tendido en el suelo sin aliento ni sentido, y sin detenerse un punto tornó á subir el fraile todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vió á caballo picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando y esperando en qué paraba aquel sobresalto, y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso siguieron su camino, haciéndose mas cruces que si llevaran al diablo á las espaldas. D. Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche diciéndole: la vuestra fermosura, señora mia, puede facer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo derribada por este mi fuerte brazo: y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo Don Quijote de la Mancha, caballero andante, y cautivo de la sin par y hermosa Doña Dulcinea del Toboso: y en pago del beneficio que de mí habeis recebido no quiero otra cosa sino que volvais al Toboso, y que de mi parte os presentéis ante esta señora y le digáis lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que D. Quijote decia escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaino: el cual viendo que no queria dejar pasar el coche adelante, sino que decia que luego habia de dar la vuelta al Toboso, se fue para D. Quijote, y asiéndole de la lanza le dijo en mala lengua castellana y peor vizcaina desta manera: anda, caballero, que mal andes; por el Dios que crióme, que si no dejas coche, asi te matas como estás ahí vicaino. Entendióle muy bien D. Quijote, y con mucho sosiego le respondió: si fueras caballero como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura. A lo cual replicó el vizcaino: ¿yo no caballero? juro á Dios tan mientes como cristiano: si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuan presto verás que al gato llevas: vizcaino por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dices cosa. Ahora lo veredes, dijo Agrages, respondió D. Quijote; y arrojando la lanza en el suelo sacó su espada, y embrazó su rodela, y arremetió al vizcaino con determinacion de quitarle la vida. El vizcaino, que asi le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula,

que por ser de las malas de alquiler no habia que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada : pero avinole bien que se halló junto al coche , de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo , y luego se fueron el uno para el otro como si fueran dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz ; mas no pudo , porque decia el vizcaino en sus mal trabadas razones , que si no le dejaban acabar su batalla , que él mismo habia de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche , admirada y temerosa de lo que veia , hizo al cochero que se desviasse de allí algun poco , y desde lejos se puso á mirar la rigurosa contienda , en el discurso de la cual dió el vizcaino una gran cuchillada á D. Quijote encima de un hombro por encima de la rodela , que á dársela sin defensa le abriera hasta la cintura. D. Quijote , que sintió la pesadumbre de aquel desafortado golpe , dió una gran voz diciendo : ó señora de mi alma Dulcinea , flor de la fermosura , socorred á este vuestro caballero , que por satisfacer á la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla. El decir esto , y el apretar la espada , y el cubrirse bien de su rodela , y el arremeter al vizcaino todo fue en un tiempo , llevando determinacion de aventurarlo todo á la de un solo golpe. El vizcaino , que asi le vió venir contra él , bien entendió por su denuedo su corage , y determinó de hacer lo mismo que D. Quijote , y asi le aguardó bien cubierto de su almohada sin poder rodear la mula á una ni á otra parte , que ya de puro cansada y no hecha á semejantes niñerías no podia dar un paso. Venia pues , como se ha dicho , D. Quijote contra el cauto vizcaino con la espada en alto con determinacion de abrirle por medio , y el vizcaino le aguardaba ansimismo levantada la espada y aforrado con su almohada , y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban ; y la señora del coche y las demas criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devocion de España , porque Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban. Pero está el daño de todo esto que en este punto y término deja pendiente el autor desta historia esta batalla , disculpándose que no halló mas escrito destas hazañas de D. Quijote de las que deja referidas. Bien es verdad que el segundo autor desta obra no quiso creer que tan curiosa historia estuviese entregada à las leyes del olvido , ni que hubiesen sido tan poco curiosos los ingenios de la Mancha , que no tuviesen en sus archivos ó en sus escritorios algunos papeles que deste famoso caballero tratasen : y asi con esta imaginacion no se desesperó de

hallar el fin de esta apacible historia , el cual , siéndole el cielo favorable , le halló del modo que se contará en la segunda parte.

CAPITULO IX.

Donde se concluye y da fin á la estupenda batalla que el gallardo vizcaino y el valiente manchego tuvieron.

Dejamos en la primera parte desta historia al valeroso vizcaino y al famoso D. Quijote con las espadas altas y desnudas en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que si en lleno se acertaban por lo menos se dividirian y fenderian de arriba abajo y abririan como una granada, y que en aquel punto tan dudoso paró y quedó destroncada tan sabrosa historia sin que nos diese noticia su autor dónde se podria hallar lo que della faltaba. Causóme esto mucha pesadumbre, porque el gusto de haber leído tan poco se volvia en disgusto de pensar el mal camino que se ofrecia para hallar lo mucho que á mi parecer faltaba de tan sabroso cuento. Parecióme cosa imposible y fuera de toda buena costumbre que á tan buen caballero le hubiese faltado algun sabio que tomara á cargo el escribir sus nunca vistas hazañas; cosa que no faltó á ninguno de los caballeros andantes de los que dicen las gentes que van á sus aventuras, porque cada uno dellos tenia uno ó dos sabios como de molde, que no solamente escribian sus hechos, sino que pintaban sus mas mínimos pensamientos y niñerías por mas escondidas que fuesen; y no habia de ser tan desdichado tan buen caballero que le faltase á él lo que sobró á Platir y á otros semejantes. Y asi no podia inclinarme á creer que tan gallarda historia hubiese quedado manca y estropeada, y echaba la culpa á la malignidad del tiempo devorador y consumidor de todas las cosas, el cual ó la tenia oculta ó consumida. Por otra parte me parecia que pues entre sus libros se habian hallado tan modernos como *Desengaño de zelos*, y *Ninfas y Pastores de Henares*, que tambien su historia debia de ser moderna, y que ya que no estuviere escrita estaria, en la memoria de la gente de su aldea y de las á ella circunvecinas. Esta imaginacion me traia confuso y deseoso de saber real y verdaderamente toda la vida y milagros de nuestro famoso español D. Quijote de la Mancha, luz y espejo de la caballería manchega, y el primero que en nuestra edad y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo y ejercicio de las adantes armas, y al de

desfacer agravios, socorrer viudas, amparar doncellas de aquellas que andaban con sus azotes y palafrenes, y con toda su virginidad á cuestras, de monte en monte y de valle en valle; que si no era que algun follon ó algun villano de hacha y capellina, ó algun descomunal gigante las forzaba, doncella hubo en los pasados tiempos que al cabo de ochenta años, que en todos ellos no durmió un dia debajo de tajado, se fue tan entera á la sepultura como la madre que la habia parido. Digo pues que por estos y otros muchos respetos es digno nuestro gallardo Quijote de continuas y memorables alabanzas, y aun á mí no se me deben negar por el trabajo y diligencia que puse en buscar el fin de esta agradable historia: aunque bien sé que si el cielo, el caso y la fortuna no me ayudaran, el mundo quedara falto y sin el pasatiempo y gusto que bien casi dos horas podrá tener el que con atencion la leyere. Pasó pues el hallarla en esta manera.

Estando yo un dia en el Alcana, de Toledo, llegó un muchacho á vender unos cartapacios y papeles viejos á un sedero; y como soy aficionado á leer aunque sean los papeles rotos de las calles, llevado desta mi natural inclinacion tomé un cartapacio de los que el muchacho vendia, y vile con caracteres que conocí ser arábigos, y puesto que aunque los conocia no los sabia leer anduve mirando si parecia por allí algun morisco aljamiado que los leyese; y no fue muy dificultoso hallar intérprete semejante, pues aunque le buscara de otra mejor y mas antigua lengua le hallara. En fin la suerte me deparó uno, que diciéndole mi deseo, y poniéndole el libro en las manos, le abrió por medio, y leyendo un poco en él se comenzó á reir: preguntéle que de qué se reia, y respondiome que de una cosa que tenia aquel libro escrita en el márgen por anotacion: díjele que me la dijese, y él sin dejar la risa dijo: está, como he dicho, aqui en el márgen escrito esto: *esta Dulcinea del Toboso, tantas veces en esta historia referida, dicen que tuvo la mejor mano para saltar puercos que otra muger de toda la Mancha.* Cuando yo oí decir Dulcinea del Toboso quedé atónito y suspenso, porque luego se me representó que aquellos cartapacios contenian la historia de D. Quijote. Con esta imaginacion le di priesa que leyese el principio, y haciéndolo asi, volviendo de improviso el arábigo en castellano dijo que decia: *Historia de D. Quijote de la Mancha, escrita por Cidè Hamete Benengeli, historiador arábigo.* Mucha discrecion fue menester para disimular el contento que recibí cuando llegó á mis oidos el título del libro, y salteándosele al sedero, compré al muchacho todos los papeles y cartapacios por medio real: que si él tuviera discrecion y supiera lo que yo los deseaba, bien se pudiera prome-